

Behind the Redwood Curtain: Cannabis in California

Anonymous

A Cannabis-Gone-Awry Story

I live in a very hilly redwood forest area that has few places level enough for a home, much less a huge “plantation” (as I call them) of cannabis plants. But several years ago, a neighbor down the hill from me put in at least four huge gardens. This grower turned out to be a disaster in many ways.

Let me say right off that I’m not opposed to cannabis, especially as a former smoker in the old days, and sometimes a medical cannabis user these days. I had many friends in the area who were able to support their families by growing a couple of plants when the harvested buds reaped \$2000 a plant to supplement the typically lower income that so many rural residents have to tolerate. This local agriculture, albeit “in the shadows,” supported many local businesses, too.

That being said, when medical marijuana was approved, I saw a huge operation go in nearby around 2016 (not sure on years). A non-local entrepreneur bought up several properties within walking distance of me. The properties connected along an old timber road that had become a dirt bike trail that a younger neighbor used, as I did, for our recreational walks and rides.

First of all, this owner threatened the kid by telling him he was no longer welcome along that old timber road since his property bordered on or crossed it. I was also told not to use that walking path anymore. Sure, property rights belong to the owner, but when an “outsider” comes into your neighborhood and changes the relaxed way we have lived for decades, it creates resentment along with the restrictions.

This operation couldn’t keep me off the public side road that went to their main garden that had been created by clear-cutting a huge swath of trees and bulldozing the hillside, in order to flatten an area for the enormous plastic containers that held their pot plants, all 400 of them there. I later discovered—when they had abandoned their properties altogether—that the other three plantations also had anywhere from 200-300 plants each.



The owner was actually cited by the county because they illegally pushed trees and dirt into the watershed below where a creek fills in the winter months and pulses downstream into Little Lake Valley. Apparently they paid the fine and continued to grow. Profit drives determination, I might surmise.

They hired a few Mexican-American fellows to tend these gardens. I became friends with the main guy, whom I'll call Pedro, who was very amiable, and we chatted from time to time when I went down the road on my walk. I don't know if he had his legal papers or not. I try not to get too much into anyone's business, but they were going up and down the roads by my home on a regular basis, along with trucks full of fertilizer, etc. I couldn't ignore them altogether.

I actually approached the owner at one time about paying his overdue road dues because of the wear and tear on our common dirt road—another issue with “outsiders” coming in to make a profit without really caring about the local community, a result of the exploding cannabis industry at the time.

Pedro and his companions were the second set of workers in this owner's second year of operations. They got through the harvest, but that fall, a big fire off Sherwood Road created smoke that was inundating the whole region. I called up Pedro to ask if he and his companions were okay. He told me that the owner had run him off without paying him!

I don't know all the details. I don't think Pedro would have lied to me. But it's a story all too common: that undocumented immigrants do the heavy work and then get run off without pay and no recourse. For some reason, Pedro's SUV was abandoned in the cul-de-sac outside the plantation. It's still there.

After that year, the owner abandoned all of these sites. The huge containers for the plants are now growing weeds, that plastic another remnant of pollution, along with tarps and various other implements and refuse from the grow-site.

I came to understand that there was great greed behind the effort to bring “industrial” cannabis agriculture into the county. Enormous and even destructive operations like these were able to make their money yet leave the residue behind with no concern for local neighbors, the environment, or the workers they stole from.

Meanwhile, these operations led to a deflation in the profit one could make off a plant, in turn leading smaller growers to have less incentive to grow—at least legally.

Meanwhile, the county, in its own effort to make money off of growers—and perhaps with not a little concern for the environment and workers—imposed a huge number of regulations and expensive fees to become legitimate growers. The time involved in jumping through all those hoops to get the various licenses signed off (if that ever happened), the effort and cost of installing new appurtenances for a grow-site, and the cost of the multiple license fees themselves led many folks I know to forego the process of “coming out of the shadows.” Back in they went.

I’m not at all involved in this agricultural enterprise. I can’t provide clear judgment about what should have happened to make it right for small growers and for workers. I only saw how my own neighborhood, the environment, workers, and local folks were affected by this effort to get rich quick, from the industrial growers to the county treasury.

Tras el telón de secuoyas: El cannabis en California

Anónimo

Una historia sobre el cannabis que salió mal

Vivo en una zona de bosques de secuoyas con un terreno muy accidentado, donde hay pocos lugares lo suficientemente llanos para construir una casa, y mucho menos para establecer una enorme «plantación» (como yo las llamo) de cannabis. Sin embargo, hace unos años, un vecino que vivía más abajo en la ladera instaló al menos cuatro cultivos de gran tamaño. Aquel cultivador resultó ser un desastre en muchos aspectos.

Debo aclarar de entrada que no me opongo al cannabis; al fin y al cabo, fui fumador en el pasado y, hoy en día, a veces lo consumo con fines medicinales. Tuve muchos amigos en la zona que lograban mantener a sus familias cultivando un par de plantas —ya que los cogollos cosechados se pagaban a 2000 dólares por planta—, lo que les permitía complementar los ingresos, generalmente bajos, que tantos residentes rurales deben sobrellevar. Esta agricultura local, aunque se desarrollara «en la sombra», también beneficiaba a muchos negocios de la zona.

Dicho esto, cuando se aprobó el uso de marihuana medicinal —hacia 2016, aunque no recuerdo el año exacto—, vi cómo se instalaba una gran operación en las cercanías. Un empresario ajeno a la zona compró varias propiedades situadas a poca distancia a pie de mi casa. Dichas propiedades estaban conectadas por un antiguo camino maderero que se había convertido en una pista para motos de campo; un vecino joven y yo solíamos recorrerlo para pasear o dar paseos recreativos.

Para empezar, el propietario amenazó al joven diciéndole que ya no era bienvenido en ese viejo camino maderero, dado que su propiedad lindaba con él o lo atravesaba. A mí también me dijeron que dejara de usar esa senda. Es cierto que los derechos de propiedad pertenecen al dueño, pero cuando alguien de fuera llega al vecindario y altera la vida tranquila que hemos llevado durante décadas, surgen el resentimiento y el malestar por las restricciones impuestas.

Esta operación no logró apartarme del camino público secundario que conducía a su huerto principal; un espacio creado mediante la tala rasa de una vasta franja de árboles y el movimiento de tierras con excavadoras en la ladera, todo ello para nivelar el terreno y acomodar los enormes contenedores de plástico que albergaban sus plantas de marihuana —las 400 que allí tenían—. Más tarde descubrí —cuando ya habían abandonado por completo sus propiedades— que las otras tres plantaciones también contaban con entre 200 y 300 plantas cada una.

De hecho, el condado sancionó al propietario porque, de manera ilegal, había arrojado árboles y tierra hacia la cuenca hidrográfica situada más abajo, donde un arroyo se llena durante los meses de invierno y fluye aguas abajo hacia el valle de Little Lake. Al parecer, pagaron la multa y siguieron cultivando. Cabe suponer que la determinación nace del afán de lucro.

Contrataron a unos cuantos trabajadores mexicano-estadounidenses para cuidar estos cultivos. Entablé amistad con el encargado —a quien llamaré Pedro—, que era muy amable, y conversábamos de vez en cuando cuando yo pasaba caminando por el camino. No sé si tenía sus papeles en regla o no. Intento no meterme demasiado en los asuntos ajenos, pero ellos transitaban constantemente por los caminos cerca de mi casa, junto con camiones cargados de fertilizante y demás; así que no podía ignorarlos por completo.

De hecho, en una ocasión hablé con el propietario sobre el pago de las cuotas atrasadas para el mantenimiento del camino, debido al desgaste que sufría nuestra vía de tierra compartida; este era otro problema derivado de la llegada de «forasteros» que buscaban lucrarse sin preocuparse realmente por la comunidad local, una consecuencia del auge que experimentaba entonces la industria del cannabis.

Pedro y sus compañeros fueron el segundo grupo de trabajadores durante el segundo año de operaciones de aquel propietario. Lograron completar la cosecha, pero ese otoño, un gran incendio cerca de Sherwood Road generó una humareda que inundó toda la región. Llamé a Pedro para saber si él y sus compañeros estaban bien. ¡Me contó que el dueño los había echado sin pagarles!

No conozco todos los detalles. No creo que Pedro me haya mentado. Pero es una historia demasiado común: inmigrantes indocumentados que realizan el trabajo pesado y luego son expulsados sin paga y sin recurso alguno. Por alguna razón, la camioneta de Pedro quedó abandonada en la calle sin salida frente a la plantación. Todavía sigue allí.

Trascurrido ese año, el propietario abandonó todos estos emplazamientos. En los enormes contenedores donde se cultivaban las plantas ahora crece maleza; el plástico es otro vestigio de contaminación, junto con lonas, diversos utensilios y desechos propios del lugar de cultivo.

Llegué a comprender que detrás del intento de introducir el cultivo "industrial" de cannabis en el condado había una gran codicia. Operaciones enormes, e incluso destructivas, lograron lucrarse y dejar atrás los residuos sin importarles los vecinos, el medio ambiente ni los trabajadores a quienes estafaron.

Paralelamente, estas operaciones provocaron una caída en la rentabilidad de cada planta, lo que a su vez restó incentivos a los pequeños cultivadores para seguir produciendo, al menos de forma legal.

Mientras tanto, el condado —en su afán por recaudar dinero de los cultivadores y, tal vez, con cierta preocupación por el medio ambiente y los trabajadores— impuso una gran cantidad de normativas y tasas costosas para obtener la licencia de cultivador legítimo. El tiempo necesario para superar todas las trabas burocráticas y conseguir la aprobación de las distintas licencias (si es que alguna vez se lograba), el esfuerzo y el coste de instalar las infraestructuras requeridas y el precio de las propias tasas llevaron a muchas personas que conozco a desistir de la idea de "salir de las sombras". Optaron por volver a la clandestinidad.

No participo en absoluto en esta actividad agrícola. No puedo emitir un juicio claro sobre qué medidas habrían sido las adecuadas para beneficiar a los pequeños cultivadores y a los trabajadores. Tan solo fui testigo de cómo mi propio vecindario, el medio ambiente, los trabajadores y los habitantes de la zona se vieron afectados por este afán de enriquecimiento rápido, que abarcaba desde los cultivadores industriales hasta las arcas del condado.